

Creo necesario agregar que la laguna de Masaya no tiene desagüe y es de evidente origen volcánico. El volcán de Masaya o Nindirí, se alza sobre su borde noroeste; en ese lado no se ven acantilados, y a causa de la lava que ha escurrido hasta la laguna durante alguna antigua erupción, se ha formado un terraplén que coincide con la pendiente de la montaña. Es mucha la profundidad de la laguna. La primera vez que visité Masaya bajé hasta la orilla del agua, donde me topé con muchas *aguadoras*. Estaban tomando un baño, y llevaban sus cántaros a varias brazadas de la orilla, donde los llenaban para proceder a su acarreo. Mi presencia no las desconcertó en lo absoluto, así que me senté en las rocas a conversar con estas náyades cobrizas.

Pregunté a una de ellas si la laguna era profunda. Me respondió que era “*insondable*,” y, para darme prueba de ello, chapoteó hasta la orilla y, tomando una gran piedra en cada mano, nadó un trecho laguna adentro y se dejó hundir. Desapareció tan largo rato que comencé a sentirme nervioso por temor de que le hubiese acontecido algún accidente en esas ignotas profundidades, cuando súbitamente emergió casi en el mismo sitio donde había desaparecido. Jadeó un instante para tomar aliento y entonces, volviéndose hacia mí, exclamó: “¿Se fija?”

Adelante de Masaya nuestra ruta nos condujo por una avenida ancha y hermosa, bordeada en ambos costados por campos exuberantes que se extienden hasta el *pueblo* de Nindirí. Había en ella una multitud de mulas, hombres, mujeres y niños; todos cargados de frutas, provisiones u otros artículos de venta, en su ruta a los mercados de Masaya o Granada; pues el indígena no vacila en cargar su mercadería, que acaso valga medio dólar, a lo largo de veinte millas, o aún más lejos.

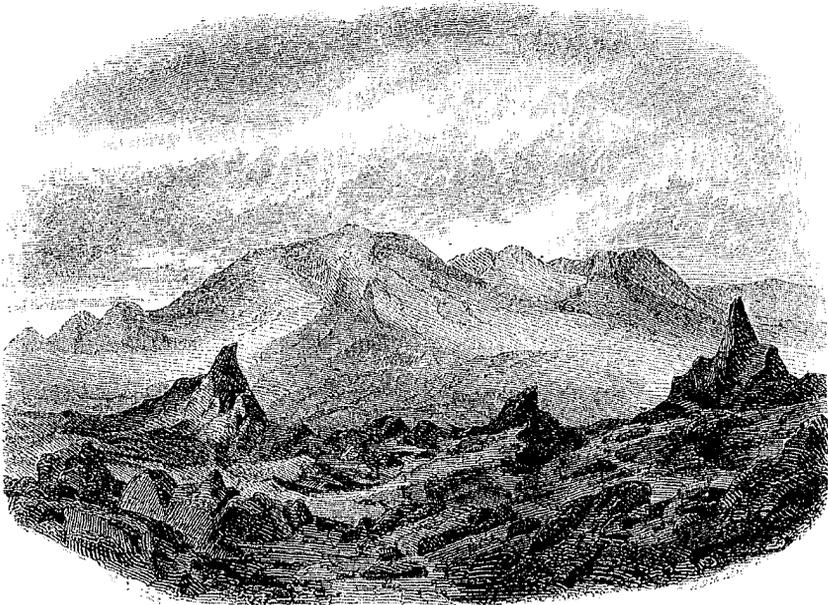
El pueblo mismo de Nindirí es uno de los lugares más bellos de la tierra. Naranjos, plátanos, marañones, nísperos, mameyes y esbeltas palmeras, todos con sus frutos variopintos mostrando su lustre castaño o dorado entre el follaje, y aquí y allá un árbol de jícara de escasa altura con sus verdes esferas colgando de cada rama; todos estos apiñados, literalmente resguardando en-

tre su follaje los pintorescos ranchos de caña de los sencillos y hacendosos habitantes. Las mujeres indígenas, con el torso desnudo y sentadas bajo los árboles, hilaban un algodón blanco como la nieve, o bien fibra del *maguey*, mientras sus bulliciosas criaturitas retozaban desnudas y alegres en el suelo apisonado, donde los rayos del sol caían en titilantes y fugaces laberintos, y los vientos doblegaban las ramas de los árboles con sus invisibles dedos. ¡Primitivo Nindirí! sede de los caciques de antaño y sus bárbaras cortes —aún ahora, en medio del barullo de la atestada ciudad, y el apretujamiento y el bregar de miles; en medio de la tenaz avaricia y la pertinaz miseria, la hipocresía descarada y el corazón inclemente; donde la virtud es recatada y la maldad insolente, donde el fuego, el agua y aún los rayos del cielo son esclavos de la voluntad humana— cómo te evoca mi memoria, cual dulce visión nocturna, cual Arcadia de ensueño, nacida de la ilusión y casi irreal.

Tras dejar Nindirí, empezamos a ascender una de las laderas o estribaciones del volcán de Masaya, caminando sobre lava desmoronada y piedra pómez, convertidas ahora en suelo que nutre una exuberante floresta. A una distancia de casi una legua llegamos al sitio conocido como “*mal país*.” Es éste un inmenso campo de lava que, en la última erupción, escurrió a lo largo de muchas millas por las laderas del volcán, en dirección al Lago de Managua.⁴¹ El camino cruza el campo de lava en su parte más angosta, pero la lava se extiende a ambos lados por una extensa área. Sólo puede compararse con una vasta planicie de hierro colado recién enfriado, o con un océano de tinta que se hubiese congelado de súbito durante una tormenta. En ciertos lugares la lava se pliega en negras y ceñidas masas; en otros se acumula en placas menudas, como el hielo primaveral en las riberas de nuestros ríos del Norte. Aquí y allá extensas planchas irregula-

⁴¹ Se refiere al lugar hoy llamado *Piedra Quemada*, formado por la correntada de lava que fluyó del volcán Masaya el 16 de marzo de 1772 y que avanzó hasta las cercanías de la actual Sabana Grande.

res parecen haber sido volteadas al revés cuando se enfriaba su superficie, mientras la corriente derretida fluía por debajo, mostrando una faz de estrías regulares, semejante a las rizadas fibras del roble o del arce. Ni un solo árbol se miraba entre nosotros y el volcán, ¡nada más que un extenso yermo de lava, negro y escabroso!



CAMPO DE LAVA DEL VOLCÁN MASAYA

Desmonté y me aventuré a andar por las crujientes masas, pero no llegué lejos, pues los bordes y puntas filosas traspasaban mis botas como si fuesen navajas. En cierto lugar observé que la lava a medio enfriar se había plegado capa por capa en torno a un árbol, que luego debió haberse quemado o podrido, dejando impreso en la lava ya sólida un molde perfecto de su tronco y sus ramas principales.

Como he dicho ya, el volcán de Masaya es ancho y de escasa altura, y muestra inconfundibles indicios de actividad reciente. Su última erupción, que dio origen al vasto campo de lava que he descrito, tuvo lugar en 1670.⁴² Durante nuestra visita se mantuvo calmo, pero desde entonces, en el lapso de los últimos dieciocho meses ha hecho erupción de nuevo. Enormes nubes de humo emergen ahora de su cráter, que por las noches resplandece iluminado por los voraces fuegos que arden en su fondo; y no sería improbable que pronto recuperase la fama que por muchos años gozó tras la Conquista, cuando se mantuvo en constante erupción, y recibió por ello el mote de “*El Infierno de Masaya*.”⁴³

El viejo cronista Oviedo nos ha dejado una detallada e interesante narración de ello,⁴⁴ por haber ocurrido al tiempo de su visita en 1529. Cuenta que había visitado el Vesubio y el Etna, y enumera muchos otros volcanes; “...pero me parece —dice su relato— que ninguno de estos volcanes pueden compararse con el de Masaya, el que, como tengo dicho, he visto y examinado en persona. He aquí lo que vi. Era cerca de la medianoche del 25 de julio de 1529 cuando salimos de la casa de Machuca, y al amanecer habíamos llegado casi hasta la cima. La noche era muy oscura, por lo que el fuego de la montaña se veía brillar muy vivamente. He sabido, por gentes dignas de todo crédito, que en noches muy oscuras y lluviosas la luz que irradia del cráter es tan intensa que a media legua de distancia una persona puede leer, pero esto no podré afirmarlo ni negarlo, pues en Granada, en noches sin luna, se ve alumbrada toda la región por las llamas del volcán; y doy fe que se le divisa a dieciséis o veinte leguas; pues yo mismo lo he visto a esa distancia. Mas no por eso pode-

42 En realidad, el evento referido tuvo lugar en 1772. La colada de lava de 1670 se derramó del antiguo cráter Nindirí pero no avanzó más allá de media ladera.

43 En 1852, después de largo tiempo de inactividad, se abrió entre los volcanes Masaya y Nindirí un nuevo vórtice eruptivo, que por sucesivos ensanchamientos y hundimientos, en las décadas posteriores, configuró al actual cráter Santiago.

44 Ver Pérez Valle, op. cit., p. 380–92.

mos llamar fuego a eso que exhala el cráter, pues más que fuego es humo, aunque relumbra como llamarada.

“Iba yo en compañía de un cacique indio de nombre Nacatime, quien, al acercarnos al cráter sentóse a unos quince o veinte pies y señaló hacia el espeluznante orificio. La cumbre de la montaña forma una planicie cubierta por rocas rojas, amarillas y negras, moteadas de diversos colores. El boquete es tan extenso que, a mi juicio, un tiro de mosquete no podría cruzarlo. Su profundidad, según mis cálculos, es de unas ciento treinta brazas; y, aunque por los espesos humos y vapores era difícil ver el fondo del cráter, aún así logré discernir allí un espacio perfectamente redondo y lo bastante grande para contener a más de cien caballeros combatiendo con sus espadas y a más de mil espectadores. Y aún podría dar cabida a muchos más, si no fuera por otro cráter todavía más profundo, que se halla en el centro del primero. En el fondo de este segundo cráter contemplé un fuego, tan líquido como el agua y del color del bronce. De vez en cuando esta materia derretida se alzaba por los aires con fuerza prodigiosa, arrojando grandes masas a muchos pies de altura, como pude observar. A veces estas masas iban a dar a los costados del cráter, y permanecían allí, antes de extinguirse, en el tiempo que toma rezar seis *Credos*. Una vez enfriadas, semejaban las escorias de una fragua.

“Me es difícil pensar que un cristiano pudiese contemplar este espectáculo sin pensar en el infierno y sin arrepentirse de sus pecados; más todavía si se compara esta vena de azufre con la eterna inmensidad del fuego sempiterno que aguarda a quienes no son gratos a Dios!

“Machuca y fray Bobadilla me relataron un hecho curioso; dicen que la materia derretida sube a veces hasta el mero borde del cráter, aunque yo solamente la he visto a gran profundidad. Haciendo las indagaciones del caso, supe que cuando llueve mucho, el fuego en verdad sube hasta el borde.

“De labios del cacique de Nindirí he sabido que él ha subido varias veces, en compañía de otros caciques, hasta la orilla del

cráter; y que veían salir de ahí a una vieja casi desnuda, y con ella celebraron un *monexico*, o concilio secreto. La consultaban para saber si habrían de hacer la guerra, o si acordar o rechazar una tregua con sus enemigos. Ella les decía si habrían de conquistar o ser conquistados; si habrían de tener lluvia; si la cosecha de maíz sería abundante; y en fin, predecía todo lo que había de acontecer. En tales ocasiones era costumbre que uno o dos hombres, y algunas mujeres y niños, se ofrecieran por propia voluntad a que les sacrificasen en honor a ella. Dijo también el cacique que al llegar los cristianos al país, la vieja no volvió a aparecerse. Preguntéle cómo era su apariencia, y me dijo que era muy vieja y arrugada; que los pechos le colgaban hasta el vientre; que tenía el cabello ralo y erizado; que sus dientes eran largos y agudos como los de un perro; su piel más oscura que la de los indios; los ojos hundidos pero fieros— en pocas palabras, la describió como si fuera el mismo diablo, y por cierto que así debe haber sido!”

Pasados los extensos campos de lava, el camino hacia Managua atraviesa un territorio ondulado, con ocasionales sabanas salpicadas de arboledas, a cuyo través lográbamos atisbar los distantes lagos y montañas. A lo largo de muchas millas, la escoria y la lava desmoronada mostraban hasta dónde había llegado la acción del volcán en tiempos remotos. El camino en su mayor parte recibe la sombra de los árboles y es ancho y llano. Lo recorrimos veloces y alegres, causando de vez en cuando la alarma de alguna manada de monos que reposaban en las copas de los árboles, o procurando atinar con nuestros revólveres a los pavos salvajes⁴⁵ que pululaban por doquier en los bosques. El Doctor nos defraudó a todos, y nos privó de una succulenta cena al dispararle a un tentador y rollizo zaíno⁴⁶ con el cañón equivocado de su escopeta, salpicándole apenas los jamones al pobrecillo con perdigones, en lugar de matarlo de una vez con una bala.

45 Pavones o pajuiles, *Crax rubra*.

46 Chanco de monte, *Pecari tayacu*.

Arribamos a Managua justo cuando las campanas repicaban la hora de la *oración*, y nos detuvimos, con las cabezas descubiertas, a la sombra de un tamarindo denso de frutos, hasta que el último tañido se disipó en el aire. Con estas sencillas y muy propias muestras de deferencia a las costumbres del país y a los sentimientos de su gente, ganamos siempre su simpatía y buena voluntad, y nos evitamos muchas de esas incómodas situaciones que figuran en las columnas de nuestros diarios, magnificadas con toda la fanfarria de las mayúsculas “¡Ultrajan a ciudadanos americanos!”

Y aquí puedo decir, como resultado de mi algo amplia experiencia, tanto oficial como privada, que en nueve de diez casos los problemas en que se ven de continuo involucrados los americanos se deben a su jactancia o a su imprudencia. No son pocos quienes creen necesario mostrar desprecio por una religión que no profesan —tan sólo porque nacieron bajo la influencia de otra— y entran a las iglesias con el sombrero puesto, tocan las efigies y las ánforas de los altares. No logran apreciar la hermosa costumbre de descubrirse la cabeza cuando pasa una carroza fúnebre, sino que se esmeran por mostrar su falta de respeto a las costumbres locales, y se calan aún más el sombrero hasta los ojos. Pocos de nuestros compatriotas pueden entender cuántos de sus prójimos guardan un decente respeto por las leyes y reglas del decoro simplemente por las restricciones de la opinión pública, hasta que tienen ocasión de observar su conducta en el extranjero, donde se piensan a salvo de tales leyes. Hombres que en casa pasan por ser personas muy respetables, caen de pronto en hábitos y modos de conducta de los que nadie les hubiera creído capaces. Olvidan que hay en todo sitio cierto respeto que se deriva de la buena conducta y de los actos honorables, y que éstas son cualidades aceptadas y apreciadas incluso en las sociedades donde menos prevalecen.

Managua es un pueblo grande, y debido a la rivalidad entre Granada y León es la capital nominal del Estado. Es decir, la Cámara Legislativa sesiona en Managua, pero el *personal*, los fun-

cionarios y los archivos del gobierno se encuentran todos en León. Su ubicación, a orillas del Lago de Managua, fue muy bien escogida. Del lago obtiene la gente grandes cantidades de una variedad de pescaditos, no mayores que un dedo meñique, llamados *sardinias*, los que, fritos como el *white bait* de Inglaterra, o revueltos en una *omelette*, hacen un apetitoso plato, apreciado en toda Centroamérica.



“LA FAVORITA”

Managua se distingue también por sus bellas mujeres; circunstancia que sin duda se debe en gran parte a una mayor infusión de sangre blanca. Se atavían además con mejor gusto que en la mayoría de los otros pueblos, pues no incurren en torpes intentos de imitar o adoptar las modas europeas. La hija menor de nuestra anfitriona, a quien de inmediato bautizamos “*La Favorita*,” era un modelo de belleza juvenil, tanto en el vestir como en su figura. Las mujeres tienen esa *corpulencia* que caracteriza a las féminas del trópico. Su vestimenta, amplia y suelta, deja a

la vista el cuello y los brazos. Por lo general es de color blanco puro, pero la falda o *enagua* suele ser de género estampado, en cuyo caso el *giipil* (en inglés, *vandyke*) es también blanco, profusamente guarnecido de encajes; calzan zapatillas de satín, un holgado cinto rojo o púrpura en la cintura, un rosario del que pende una cruz de oro, y para sujetar el cabello —que las más de las veces cae en opulentas ondas hasta los hombros— una sutil cadena dorada o un cintillo de perlas, lo que resulta en una vestimenta a la vez original, elegante y pintoresca.

Los hombres de ascendencia europea emulan todos la vestimenta europea, y en las grandes ocasiones, vestidos de levita negra y coronando su testa con un alto sombrero negro de copa, se sienten de lo más peripuestos. Pero son de verdad felices sólo cuando visten camisa y pantalón de impecable blanco, ceñido éste último por una banda roja o verde, y calan sombrero barnizado ornado con un ancho cintillo trenzado con hilos dorados, que se encasquetan ladeado con airosa inclinación. Y aquí puedo decir en confidencia que, en ausencia de extraños, la camisa puede ir con los faldones por fuera o por dentro del pantalón, práctica sin duda grata y fresca, ¡si no estrictamente clásica!

Los varones de las capas sociales bajas no usan camisa del todo, excepto los domingos o en días festivos; de hecho no usan ropa alguna, a menos que merezcan tal nombre unos pantalones ceñidamente abotonados a la cintura, con los ruedos arriscados hasta los muslos, un par de caites, y un sombrero de palma. Empero, en ocasiones de *fiesta* se visten mejor que los “dandys” de Broadway, con camisas de encendidos colores, y así, con pantalones no menos llamativos y una chaquetilla autóctona tejida por los indios de Quetzaltenango, de vistoso diseño y flecos a la cintura, consideran haber agotado el repertorio del buen vestir. El grabado en la página siguiente ilustra esta descripción de la vestimenta de un *mozo* nicaragüense.

Los primeros pasajeros entre California y los Estados Unidos, vía la “ruta de Nicaragua,” desembarcaban en El Realejo y



MOZO CON VESTIDO DE FIESTA

de ahí pasaban por tierra hacia Granada, haciendo en Managua una parada intermedia. A raíz de esto, la gente, con la misma sagacidad de la vieja que mató a la gallina de los huevos de oro, de inmediato transformaron sus casas en hoteles, y cobrando precios exorbitantes, imaginaban que pronto se harían ricos. Las propiedades duplicaron y cuadruplicaron su valor material, y todo transcurría conforme al más común principio de la alta presión mercantil. Los timados pasajeros, empero, escribían a los suyos en California para hacerles la reseña y disuadirles de seguir sus pasos. Por consiguiente, pronto Managua tornó a su anterior monotonía; con todo, se animó un poco con nuestra visita. Permanecimos ahí dos días, disfrutando de catres sin sábanas ni almohadas ni mantas, y haciendo dos comidas al día —lujos por los cuales nos cobraron a cada uno la modesta suma de cuatro dólares per diem. La hospedera no había tenido huéspedes en varias semanas, y era obvio que había decidido reponerse con nosotros. Las tarifas, sin embargo, eran una imposi-

ción tan obscena que por mera cuestión de principio resolvimos no aceptarla, y delegamos en H____, quien se había ofrecido voluntariamente, la tarea de procurar una rebaja.

Habida cuenta de que él no hablaba ni una palabra de español, y tampoco la anfitriona hablaba inglés, sentíamos curiosidad por ver cómo se las arreglaría. Se abotonó el saco, se atusó de un tirón los bigotes, se sacudió la melena que le caía sobre los ojos, adoptó un gesto indignado, y dio comienzo. Nosotros observábamos en sigilo el encuentro. Marchando hacia la vieja, puso ante ella con grave solemnidad, la cuenta sobre la mesa, y se puso a recitar del modo más melodramático el soliloquio de la daga de Macbeth. Ella escuchaba con los ojos desorbitados, luego se puso pálida y se santiguó cuando el declamador empuñó en el aire la fantasmal daga, pues evidentemente pensaba que el gesto iba destinado a su propia garganta. Cuando hubo concluido el soliloquio, H____ señaló con gesto severo el papel. La vieja lo tomó, lo miró vagamente y lo puso de nuevo en la mesa. “No le bastó con eso,” musitó H____. “¡Aquí le va otra dosis!” y recitó el monólogo por segunda vez, con ímpetu acrecentado, que remató con un “¡*Too mucho! jtoo mucho!*”— mientras ilustraba su exclamación alzando cuatro dedos de una mano, dos de los cuales se doblaba luego con la otra mano.

A duras penas contuvimos las carcajadas cuando la vieja, que temblaba por la vehemencia de la oratoria, tomó su pluma y con mecánico ademán sustituyó con un dos aquellos execrables cuatro dólares por día!

“—¡Aceptaré el diez por ciento por lo que acabo de hacer, si os place!” nos dijo H____ con aire triunfal, mientras nos entregaba la expurgada cuenta.

Las mañanas del trópico, en la secas laderas continentales del Pacífico, son siempre frescas y hermosas, y el viajero pronto aprende a madrugar para gozar de su frescor y belleza. Aún estaba oscuro cuando salimos de Managua y emprendimos rumbo al *puebló* de Mateare, a dieciocho millas de distancia, donde nos proponíamos tomar el desayuno. En las primeras seis millas

el camino es ancho y empedrado, luego asciende una cresta elevada, que atraviesa esa zona en diagonal para internarse de lleno en el lago.⁴⁷ Aquí el trayecto es empinado y rocoso, transitable sólo a lomos de mula. El camino carretero toma un largo desvío por la izquierda. Desmontamos y subimos a pie, deteniéndonos varias veces para gozar los magníficos panoramas del lago y de las distantes montañas de Segovia, que se divisaban entre los árboles colosales.

Más allá de la cima, el descenso se hace suave y fácil, y cabalgamos raudos por el sendero llano y bien apisonado. Nos detuvimos apenas para observar un par de rústicas cruces de madera que se levantaban en un sitio del descampado, y supe que de seguro señalaban el escenario de algún hecho violento. Al llegar a Mateare hallé en ruinas mi antigua *posada*, donde me había convertido en padrino para el hijo de la regordeta y menuda hostelera, y me enteré de que las cruces en el descampado a la orilla del camino señalaban las tumbas de dos americanos, asesinados allí mismo por *ladrones*, uno de los cuales se sospechaba que era el guardador de la *posada*. Éste había sido arrestado y condenado; su quebrantada y menuda esposa había desaparecido, y la *posada* misma, vencida bajo la doble maldición de la Iglesia y de la Ley, había sido abandonada a la desolación y la ruina.

Al partir de Mateare, el camino bordea por un buen trecho las riberas del lago, revestidas de piedras pómez en tonos blanco y rosáceo, pulidas por obra de las aguas. Desde aquí se divisan bien el majestuoso volcán Momotombo y el pequeño cono de la isla de Momotombito, alcanzando el primero una altura mayor de 6,000 pies.⁴⁸ Emergiendo al filo de las aguas, sin obstáculo alguno que interrumpa su elevación, el Momotombo es sin duda la montaña más imponente de toda Nicaragua. Nunca ha sido escalada, pues las sueltas cenizas y escorias que integran más de la mitad de su masa impiden cualquier acerca-

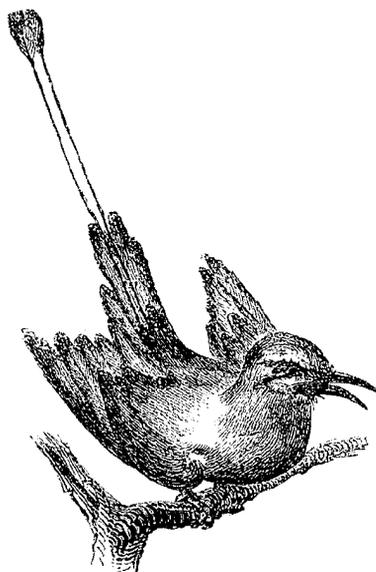
47 Se refiere a la actual Cuesta del Plomo.

48 Esto equivale a 1,829 m; pero su verdadera altura es de sólo 1,290 m.

miento a su cumbre. El perfil de su cráter, que ostenta un perenne penacho de humo, es visible desde todas las direcciones. En otros tiempos el Momotombo retumbaba y hacía erupción a menudo, pero en los últimos doscientos años ha estado adormecido y casi inactivo.⁴⁹

El Lago de Managua le sigue en tamaño al Lago de Nicaragua, y mide entre cincuenta y sesenta millas de largo por unas treinta y cinco de ancho. Tiene una elevación de veintiocho pies sobre el Lago de Nicaragua, al que está conectado por un canal natural, interrumpido por una imponente caída de agua. En años muy secos, poca o ninguna agua pasa por este canal, pero en otros fluye a su través una corriente considerable, el río Tipitapa. Durante mi primera visita, en 1849-50, el agua que desembocaba en el lago, procedente de varios afluentes caudalosos en su costa norte, apenas bastaba para compensar la evaporación de la superficie, y su nivel era tan bajo que por varias millas a lo largo de la ribera occidental podía verse el camino. En esta ocasión estaba relativamente colmado y el agua alcanzaba seis u ocho pies sobre su nivel anterior.

La franja de tierra que hay entre el Lago de Managua y el Pacífico es angosta y de ella surgen unos cuantos arroyuelos que apenas merecen el respetable nombre de ríos. El más caudaloso de ellos y el único que no



“EL GUARDABARRANCO”

⁴⁹ Un año antes (1852) y de nuevo, un año después (1854) de la segunda visita de Squier a Nicaragua, el Momotombo presentó dos cortas erupciones, expulsando gases y cenizas que cayeron en los alrededores.

se seca en el verano cruza el camino a una legua al sur de Nagarote.⁵⁰ Por tales circunstancias, es sitio predilecto de viajeros y muleros para acampar en él, y su hondo y fresco valle es también refugio favorito de aves y bestias salvajes, que encuentran aquí agradable escondite y siempre frondoso resguardo. Entre las aves hay centenares de lapas y loras; aquí se halla también el elegante “guardabarranco” y el tucán de pesado pico. El Doctor se detuvo para cazar lo que él llamaba “especímenes,” cuyas pieles ¡oh lector!, ¿acaso no se encuentran en el Museo de la Academia de Ciencias Naturales de Filadelfia?



“EL PALO DE GENÍZARO”

Nagarote se distingue en particular por un árbol —un árbol inmenso, el *Palo de Genízaro*— que se encuentra a orillas del camino, cerca del centro del pueblo. Su tronco mide siete pies de diámetro, y la extensión de su ramaje es de ciento ochenta pies. Pertenece a una variedad perennifolia, y no hay viajero, tropa de soldados o *hatajo* de mulas que pasen por Nagarote sin detenerse a disfrutar de su generosa sombra. En el verano, los muleros

⁵⁰ Se refiere al río Tamarindo.

y carreteros acampan a su vera, doce grupos a la vez, pues prefieren acogerse a su resguardo antes que pernoctar en las chozas del pueblo, infestadas de pulgas.⁵¹

Dejamos a nuestro grupo descansando bajo el célebre árbol, y me dirigí a la casa principal del pueblo, donde me había alojado en mis anteriores viajes por el país. La anciana dama que regentea el establecimiento con minuciosa pulcritud me reconoció al instante y corrió a mis brazos con tanta efusión que hubiera dañado mi reputación y la suya si contase ella menos de cincuenta años de edad, o si pesara menos de doscientas libras.

Antes de poder pedirle que nos preparara *algo fresco* o cualesquier cosa rica de beber, comenzó a hurgar en un oscuro armario en busca de ciertas “*cosas antiguas*.” Según me dijo, recordaba el profundo interés que yo había mostrado por las antigüedades del país, y había colectado y atesorado para mí muchas cosas que eran “*muy preciosas*,” sacó entonces una cantidad de vasijas antiguas, comales y cabezas de ídolos de *terracota* o penates⁵² indígenas, menoscabadas y rotas, y las dispuso sobre la mesa con aire triunfal. No eran nada maravilloso, pero aprecié su amistoso gesto y fingí inenarrable deleite. La pobre anciana estaba feliz, y lo estará más aún cuando mire sus “*cosas antiguas*” retratadas y expuestas en las amplias páginas del “*Harper’s Magazine*.” El objeto más valioso de todos era un hacha de cobre, de unas diez libras de peso, que quedó al descubierto cuando se excavaba un pozo en el acicalado patio de su misma casa.

Luego de empacar y acomodar debidamente las “*cosas antiguas*,” que H_____ describió irreverente como “cacharros y cachivaches,” mi vieja anfitriona nos preparó una enorme jarra de *algo fresco*, es decir, una bebida refrescante hecha a base de zumos de marañón y caña de azúcar, combinados con rodajas de naranjas frescas y maduras. Acompañado de un sirviente que

51 El viejo genísfero de Nagarote, hoy rodeado por la ciudad, todavía existe, aunque con sus centenarias ramas bastante mutiladas.

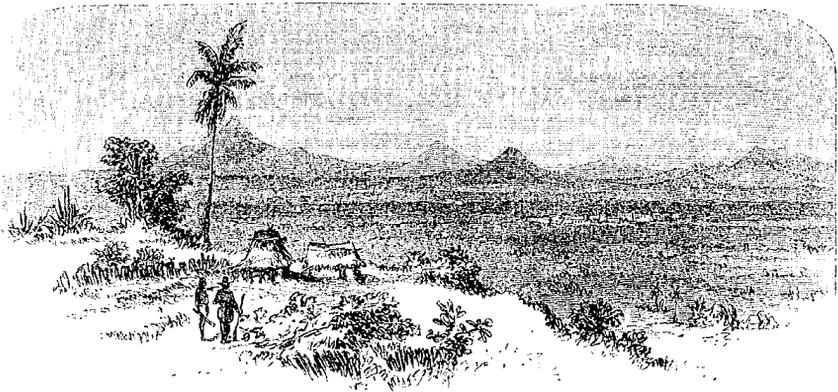
52 *Penates* (Lat.), dioses hogareños romanos.

portaba este reconfortante y oportuno agasajo cubierto con un níveo lienzo para protegerlo del sol, regresé al grupo que se había reunido bajo el *Genízaro*. Encontré que H___ había conseguido una guitarra, y que había invitado a un grupo de muchachas de los ranchos vecinos, y para deleite de ellas se lucía con una demostración de una *Juba* o contradanza de Virginia.⁵³ Comentaban que era “*un hombre muy vivo*,” y de haber permanecido allí, hubiese alcanzado una popularidad ilimitada entre las morenas beldades de Nagarote.



“COSAS ANTIGUAS”

53 Danza de los negros en las plantaciones del sur de los EE.UU.



LA GRAN PLANICIE DE LEÓN

Pernoctamos esa noche en Pueblo Nuevo,⁵⁴ poblado carente de distinción alguna, excepto sus hermosos setos de cactus columnares,⁵⁵ y a la mañana siguiente partimos temprano rumbo a León, ahora distante ocho leguas. La gran planicie de León comienza propiamente en Pueblo Nuevo, pero debido a que en casi todo el trayecto entre ambas ciudades el camino discurre a través de una floresta ininterrumpida, no se logra una vista adecuada de la planicie sino hasta que el viajero se encuentra a diez leguas de la ciudad, cuando se despliega ante sus ojos en toda su vastedad y belleza. Finalizaba ya la estación seca, la vegetación lucía agostada y los caminos secos y polvorientos. Aún así, la enorme llanura era grandiosa y bella.

No olvidaré nunca la impresión que causó en mi mente cuando la vi por vez primera. Me había adelantado a mis compañeros y detuve mi caballo frontero a ese mar de verdor. Tendida en la lejanía, cuadriculada por hileras de setos vivos y tachonada por arboledas y altas palmeras, mis ojos recorrieron leguas y leguas de verdes campos, orlados de florestas y rematados a la

54 Hoy conocido como La Paz Centro.

55 Cardones.

derecha por los encumbrados volcanes, cuyos conos regulares se erguían al cielo como chapiteles, y suaves colinas de un verde esmeralda la circundaban por la izquierda, como las gradas de un anfiteatro. Al frente no había obstáculo para la mirada; mis ojos se esforzaban en vano por descubrir sus límites. Una bruma purpúrea se cernía a lo lejos, y bajo ella, las olas del gran Pacífico arribaban incesantes desde la China y las Indias.

Daba ya comienzo la estación de lluvias, y la vegetación se erguía con renovado vigor y lozanía; el polvo aún no opacaba el verde translúcido de las hojas, ni el calor marchitaba las frágiles hojas de hierba ni las agujas del maíz que tapizaban los campos llanos, ni los tiernos zarcillos que se enroscaban sutiles en las ramas de los árboles, o que pendían de los vástagos cundidos de flores y capullos. Sobre todo ello brillaba esplendoroso el sol, y la explanada entera parecía bullir de vida bajo sus gratos rayos. Nunca antes había contemplado un paisaje tan grandioso y magnífico. Fue veraz y certero el antiguo cronista que la describió como “una región llana y hermosa, tan plena de amenidades, que aquel que por ella transita siente que viaja por las sendas del Paraíso.”

Aunque hay muchas rutas para llegar a León, preferimos tomar el *camino real*, o camino de carretas, que hace un desvío para sortear la profunda *barranca* que constituye la defensa natural de León por su lado sur. Al fondo de esta *barranca* fluye una corriente inagotable, que se nutre de manantiales que corren bajo las rocas.⁵⁶ Aquí viene la gente a abastecerse de agua, y es el sitio preferido de las *lavanderas*, cada una de las cuales tiene su propia pila excavada en la roca, en vez de la tradicional batea que usan allá en casa sus contrapartes hibernias.⁵⁷ Las *lavanderas* de todos los países son poco inclinadas a usar ropa

⁵⁶ El actualmente sucio y contaminado río Chiquito.

⁵⁷ Nativas de *Hibernia*, nombre latino de Irlanda. En aquel entonces, la inmigración irlandesa a los EE.UU. estaba en su apogeo. Debido a su pobreza, muchas inmigrantes irlandesas laboraban como domésticas.

mientras lavan, pero en Nicaragua su desparpajo es tal que asombra a los forasteros. Mientras se ocupan de su faena, su indumentaria es aún más escasa que la del Mayor de Georgia, que ha sido descrita como “un cuello de camisa y un par de espuelas.”⁵⁸

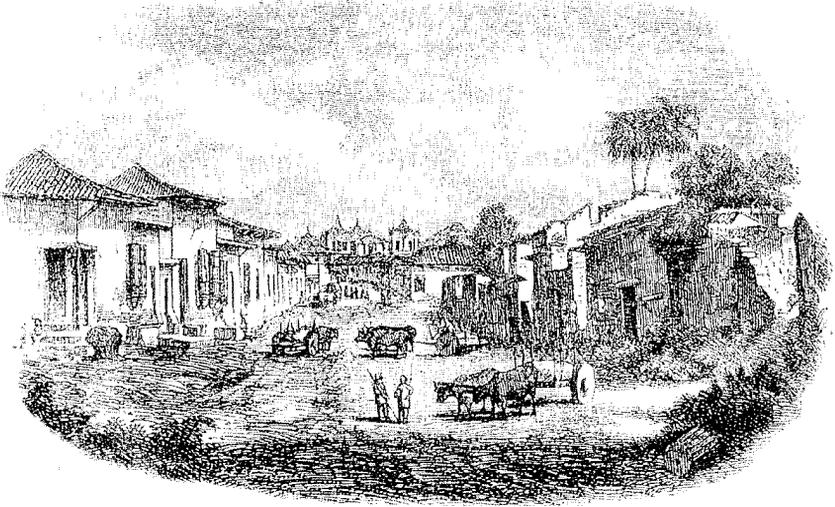


LA BARRANCA DE LAS LAVANDERAS

El camino carretero emerge de la *Barranca de las Lavanderas* y del bosquecillo que la bordea y desemboca en la *Calle Real* o calle principal de León, que corre directa desde el adscrito poblado indio de Subtiava hasta la plaza y la gran catedral de León. Este sector de la ciudad ha padecido mucho durante las numerosas guerras que han assolado al país, y muchas de sus casas yacen en ruinas. Apuramos el paso por la ancha y empedrada calle y media hora más tarde éramos huéspedes bienvenidos

⁵⁸ El Mayor de Georgia era un personaje estadounidense de la época. Mark Twain hace alusión a él y a su peculiar vestimenta (o mas bien, su falta de) en “Answers to Correspondents,” artículo aparecido en el periódico *The Californian*, 10 de junio 1865.

bajo el hospitalario techo del Dr. L____, compatriota nuestro, y uno de los pocos que portan con honor su condición de ciudadano americano.

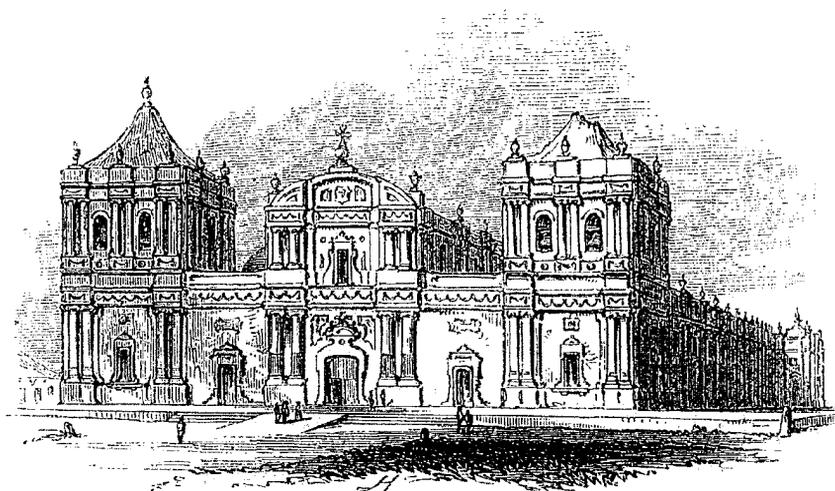


LA CALLE REAL DE LEÓN

León tiene un aire mucho más metropolitano que Granada. Es al mismo tiempo más grande y mejor construida, y sus iglesias, que suman no menos de veinte, son todas bellas, y algunas de ellas son edificaciones en verdad espléndidas.

Por cierto, puede decirse que en cuanto a su estructura, la gran catedral de San Pedro no va a la zaga de ninguna otra en toda la América española. Su construcción, que tardó treinta y siete años, fue concluida en 1743, a un costo superior a los \$5,000,000! Ocupa una *cuadra* entera, y su fachada se extiende a todo lo ancho de la plaza. Está construida de piedra cantera, y es una sólida pieza de mampostería. Nada puede ilustrar mejor su solidez que el hecho de haber resistido las tormentas y terremotos de todo un siglo, y con la salvedad de que la cúspide de

una de sus torres fue una vez destruida por un rayo, se encuentra hoy tan cabal como cuando salió de las manos de sus constructores. Aún así, varias veces se ha usado como fortaleza, y ha soportado más de un cañonazo y bombardeo por parte de las fuerzas sitiadoras. Cuentan que en 1823 más de veinte balas de cañón impactaron en su techo, y en su flanco más expuesto difícilmente se halla una pulgada de sus muros que no esté mellada por los disparos. Su interior no desmerece de su exterior, aunque en términos comparativos su ornamentación es escueta. Rematando la nave principal, bajo una majestuosa cúpula, se encuentra el gran altar de plata, primorosamente repujado. Las capillas laterales no destacan por su riqueza o su hermosura. Durante las conmociones civiles del país, las iglesias no se libraron de las garras saqueadoras de la soldadesca; y aunque la catedral poseyó alguna vez extraordinarias riquezas, cuyo costo y variedad de ornamentos eran proverbiales aún en España, hoy tiene poco de qué enorgullecerse, como no sean sus enormes dimensiones y su diseño arquitectónico.



CATEDRAL DE LEÓN

León fue fundada en 1523 por [Francisco Hernández de] Córdoba, el mismo conquistador que fundó Granada.⁵⁹ El sitio original se hallaba en el extremo de la bahía occidental del Lago de Managua, en una región llamada Nagrando, cerca de las faldas del gran volcán Momotombo, donde todavía pueden verse sus ruinas. El sitio fue abandonado en 1610, trasladándose al que ocupa hoy la ciudad y que fue en aquel entonces asiento del extenso poblado de Subtiava. Narra una leyenda que el Papa profirió una maldición contra la ciudad antigua, al enterarse del asesinato de Antonio de Valdivieso, tercer obispo de Nicaragua, ocurrido ahí a manos del renegado Hernando de Contreras, pues el obispo se oponía a la crueldad de los Contreras hacia los indios, por lo que incurrió en su odio.⁶⁰ Cuentan que a causa de esa maldición la ciudad fue azotada por una serie de calamidades que llegaron a ser insoportables; y sus habitantes, llevados por la desesperación y tras guardar solemne ayuno, marcharon el dos de enero de 1610 con el estandarte de España y con la municipalidad a la cabeza, hacia el sitio que ocupa hoy la ciudad, y allí procedieron a trazar el nuevo poblado.⁶¹ Los hechos crueles y sacrílegos de Contreras aún hoy se mencionan con horror, y son muchos los que creen que las manchas de la sangre que vertía el obispo cuando huía herido de muerte hacia la iglesia, en cuyo altar cayó muerto, son todavía visibles entre las ruinas —¡evidencia indeleble de la ira de Dios!

León está situado en el centro de la gran planicie que ya describí, equidistante del lago y del océano. A ambos lados de la ciudad se hallan profundas barrancas que sirven el doble propósito de defensa y abastecimiento de agua para la ciudad. El suburbio o “Barrio de Guadalupe” se encuentra al sur de la “Barranca

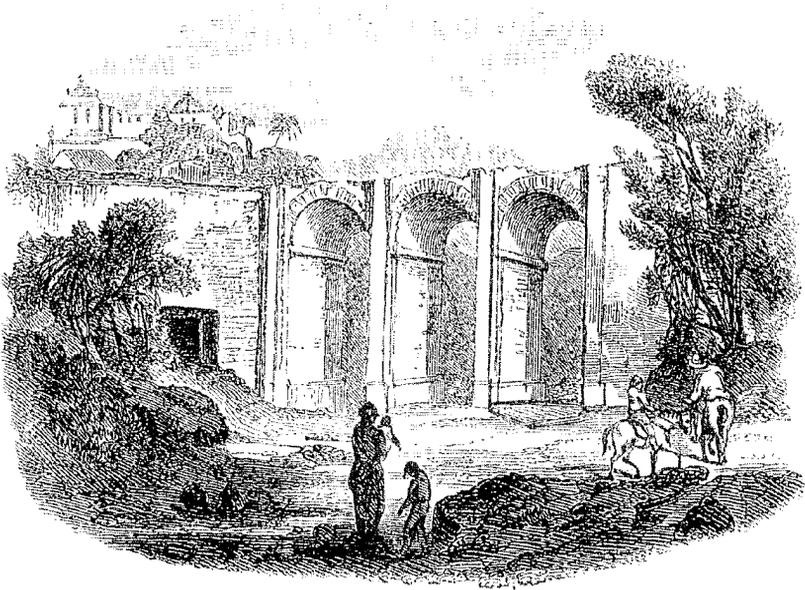
59 En realidad, su fundación tuvo lugar en agosto de 1524. Arellano, op. cit., pp. 41 y 44.

60 El obispo Valdivieso fue apuñalado por Hernando de Contreras el 26 de febrero de 1550. Arellano, op. cit., p. 53

61 Después de sufrir varias erupciones del Momotombo, la ciudad fue finalmente derribada por un terremoto en enero de 1610.

de las Lavanderas,” pero está unido a la ciudad por un elevado puente.

Este puente fue diseñado hace muchos años a una escala grandiosa, pero jamás se concluyó. Visto desde el fondo de la barranca, hace recordar al viajero los gigantescos puentes en ruinas que el tiempo ha dispensado en Italia, para atestiguar el poder de los antiguos romanos.



PUENTE EN LEÓN

Por cierto parece que alguna vez floreció la arquitectura en León, lo que justifica las observaciones del viejo fraile Thomas Gage, cuando a su paso por aquí en 1665,⁶² escribió que uno de “los deleites principales de la población son sus casas.”⁶³ Y aun-

62 Ver nota 17, p. 20.

63 Ver Incer Barquero, *Descubrimiento...*, p. 551.

que ninguna ciudad en América ha sufrido más guerras que León, y pese a que sus mejores edificios, que se alzaban cerca del centro de la ciudad, han sido destruidos, muchos de los que están todavía en pie son bastante pretenciosos. Por las razones antedichas, las casas son, por necesidad, de escasa altura, el buen gusto y la maestría se manifiestan sólo en los portales o entradas principales, que suelen ser altos e imponentes y profusamente ornamentados. Algunos son réplicas de los arcos moriscos tan comunes en España, otros son de estilos griegos más severos, mientras que muchos de fecha más reciente son maravillosos dechados de lo que H___ llamó “el estilo que brilla por su ausencia.” Sobre estos arcos solía la antigua aristocracia poner sus escudos de armas; aquellos de espíritu militar tallaban armamentos varios, mientras que los píos plasmaban una imagen de la Virgen, una plegaria, o un versículo de la Biblia.

Durante las contiendas entre aristócratas y liberales acaecidas a raíz de la declaración de la independencia en 1823,⁶⁴ una gran parte de León, incluida la zona de mayor afluencia, fue destruida por el fuego. Más de mil estructuras ardieron en una sola noche, y en torno a la catedral todavía pueden verse en ruinas manzanas enteras de lo que alguna vez fueron palacios.⁶⁵ Calles completas, hoy casi desiertas e invadidas por la maleza, están flanqueadas por los vestigios de grandes y hermosos edificios. En sus patios se alzan rústicas chozas de cañas, que parecen mofarse de su antigua opulencia. En verdad, al recorrer las ruinas del antiguo esplendor, el viajero percibe claramente cuán

64 Las provincias que formaban el Reino de Guatemala declararon su independencia de España el 15 de septiembre de 1821. En enero de 1822, dichas provincias se anexaron al Imperio Mexicano, volviendo a ser independientes en junio de 1823 bajo el nombre de *Provincias Unidas de Centroamérica*.

65 Se refiere al sitio de León durante la guerra civil de 1824 entre partidarios de Cleto Ordóñez y Crisanto Sacasa. Sin embargo, el daño observado por Squier seguramente haya sido de más reciente data, ocasionado durante el sitio de León por los generales Francisco Malespín, presidente de El Salvador y Santos Guardiola, de Honduras, que duró de noviembre de 1844 a enero de 1845. Arellano, Jorge Eduardo, *Historia Básica de Nicaragua*, vol. 2, pp. 32, 62.

cierto es lo que el viejo Gage dejó escrito hace doscientos años sobre la ciudad y sus habitantes:

“La ciudad —relata— está construida muy curiosamente, pues el mayor deleite de sus habitantes consiste en sus casas, en lo placentero del solar aledaño, y en la abundancia de todas las cosas para el buen vivir del hombre. Se contentan —añade— con bellos jardines, con la variedad de aves canoras y papagayos, disponen de carnes y peces en abundancia, y de briosos caballos, y así llevan una vida placentera, despreocupada y ociosa, sin mucha inclinación por comerciar o traficar, aun teniendo cerca el lago y el océano. Los señoritos de León son tan frívolos y fatuos como los de Chiapas; y es debido a los placeres que brinda esta ciudad que la provincia de Nicaragua fue llamada el *Paraíso de Mahoma*.”⁶⁶

Y aun del viejo y curtido pirata Dampier obtuvo León un elogio. “En verdad —dice— si consideramos las ventajas de su ubicación, podemos juzgarla superior a la mayoría de los lugares de América en razón de su salud y sus placeres.”⁶⁷

Uno de los mejores panoramas del mundo se observa desde la cúspide de la catedral; y estando ahí de pie, el viajero que viene del Atlántico contempla por vez primera las aguas del Pacífico: un hilo de plata rematando el horizonte occidental. Hacia el norte y el oriente se erizan los nueve volcanes de la gran cordillera volcánica de los Maribios, con sus perfiles netamente delineados contra el cielo, emulando en la regularidad de sus formas la simetría de las Pirámides. Allí se alzan el volcán El Viejo en un flanco de la cordillera y el Momotombo en el otro. Entrambos se hallan los conos del Axusco y el Telica, la extensa mole del Arota, y el adusto volcán Santa Clara, hendido por recientes erupciones.⁶⁸ El panorama contiene quizá el mayor

66 Ver Incer Barquero, *Descubrimiento...*, p. 551.

67 Ver Incer Barquero, *Piratas y Aventureros...*, Jaime, p. 78.

68 El volcán *El Viejo* es el actualmente llamado San Cristóbal; el *Santa Clara*, el hoy Casita; el *Axusco*, el Asosoca de León; el *Arota* es el Rota.

número de volcanes que puede abarcar la mirada en cualquier parte del mundo; pues además de aquellos que constituyen la hilera de los Maribios, se divisan en la distancia no menos de otros cuatro más —¡trece en total!

Es difícil hacer un cálculo preciso de la población de León. La ciudad se esparce sobre un área tan extensa, y está tan arrebujada entre los árboles, que el viajero puede residir ahí por meses y descubrir a diario nuevos y apartados grupos de viviendas. El censo de 1847 determinó una cifra de 35,000 habitantes, lo que quizá no esté muy lejos de la verdad. Pero ese número incluye a la población del municipio indio de Subtiava, que suele considerarse, aunque erróneamente, como un pueblo aparte de León.

Aquí, lo mismo que en el resto de Nicaragua, la población india y mestiza (*ladinos*) es la predominante, y los habitantes de raza blanca pura suman apenas un décimo del total. La sangre india se muestra no tanto en el color de la piel, sino en cierta opacidad de los ojos, un rasgo que se manifiesta más en aquellos mezclados con indios que en cualquiera de las castas originales. Ha sido tan completa la fusión entre todas las porciones de la población de Nicaragua que, pese a la diversidad de razas, las distinciones de castas apenas se pueden notar. Los blancos mantienen cierto grado de exclusión en el contacto social, pero en todo lo demás prevalece la más completa igualdad. La proporción de ciudadanos que se ufanan de ser “de alcurmia” es muy pequeña, y no es muy estricta en su adhesión a los convencionalismos que prevalecen en las grandes ciudades de México, en Sudamérica y en nuestro propio país; aún así, en los aspectos esenciales de la hospitalidad, la generosidad y la cortesía, no he hallado que merezcan segundo lugar entre las diferentes comunidades que he conocido. Las mujeres están lejos de tener mucha educación, pero son sencillas y de modales llanos, de ágil entendimiento y prontas en la conversación, lo que compensa en cierto grado sus carencias en cuanto a conocimientos generales.

Mis amigos de antaño dieron un baile para festejar nuestra llegada, lo que dio a mis compañeros ocasión de ver algo de los recreos sociales de la gente. Como suelen ser los eventos españoles de este tipo, el comienzo fue un tanto tieso y ceremonioso, pero antes que dieran las once en la campana de la catedral, creo que jamás he visto reunión más animada. La polca y el vals, como también el *bolero* y otras bien conocidas danzas españolas se bailaron con brío y elegancia. Además de estos bailes, y tras mucho insistir, tuvimos una danza india; expresión singular, lenta y compleja, que dejó en mi mente la clara impresión de ser de origen religioso. Durante toda la velada las ventanas estuvieron engalanadas de pilluelos, y las puertas atestadas por los mirones, que toda vez que se sentían especialmente complacidos, aplaudían con el mismo entusiasmo que vemos en la “gallinera” de nuestros teatros, como si todo el evento hubiese sido concertado para su particular entretenimiento. La policía los hubiera desalojado, pero gané una duradera popularidad al intervenir a su favor, y en consecuencia se les permitió quedarse.

Entre las clases bajas, los fandangos y otras diversiones peculiares son frecuentes y suelen ser bastante bulliciosos y promiscuos. Por razones obvias, no presenciarnos ninguna de éstas en la ciudad, aunque las encontrábamos con frecuencia en los villorrios.

La gente española, en todas partes del mundo, es de costumbres morigeradas. En ese particular, los nicaragüenses no desacreditan a sus progenitores. Los licores fuertes se consumen poco, excepto entre las clases bajas, y aún entre ellos, bastante menos que entre los nuestros. La venta de licor y “*aguardiente*” o ron local es monopolio del gobierno, y su expendio está confinado a los “*estancos*” o establecimientos autorizados, que pagan altos impuestos al Estado. No recuerdo haber visto borracho a ningún ciudadano respetable durante toda mi estadía en Centroamérica, un período de más de dos años.

No hay en León diversiones “oficiales,” salvo la gallera, que abre los domingos por la tarde. Está siempre repleta, pero la flor

y nata de la población no suele visitarla. No se permite el licor en el local, y el gobierno, con sabia previsión, mantiene siempre presentes un alcalde y una guarnición de soldados para preservar el orden.

Pero el hecho de que las gentes respetables de León no frecuenten el “*patio de los gallos*” no significa que repudien el tipo de entretenimiento que allí se practica. Por el contrario, en los corredores traseros de las mansiones —y en ninguna con más frecuencia que en las casas de los padres— casi siempre se pueden hallar, o en todo caso *escuchar*, si no mirar, docenas de gallos finos. Después de la cena, cada domingo por la tarde se reúnen pequeños grupos, se echan a pelear los gallos, y cosa nada infrecuente si son ciertos mis informes, las onzas de oro cambian prontamente de una a otra “bolsa.”

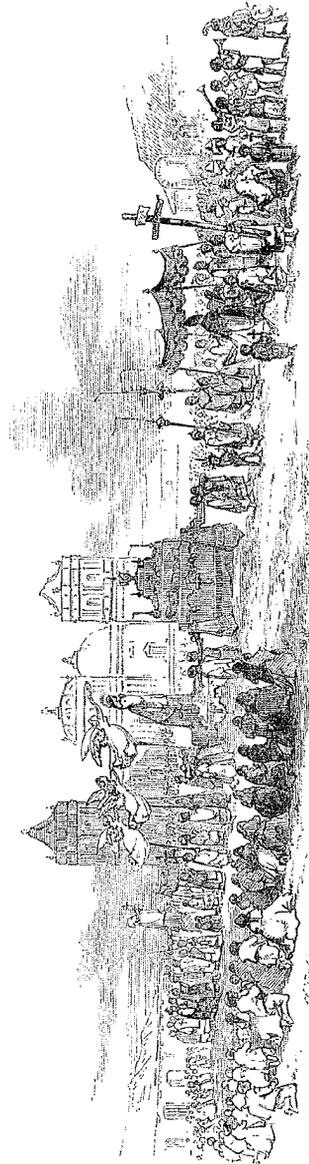
Sin embargo, las *fiestas*, los días de santo y las festividades de la Iglesia aportan la diversión que el público de otros lugares encuentra en el teatro, en los conciertos y en otras distracciones. En estos eventos se presenta a veces lo que se conoce por “*Sagradas Funciones*” o “*Sainetes*,” que corresponden justamente a los *Sagrados Misterios* de la Inglaterra de antaño. Las *fiestas* son en verdad multitudinarias y se celebran de un modo que dista mucho de ser serio. Son en verdad días de fiesta general, en que todos lucen sus mejores atuendos. Y mientras más *bombas* o cohetes se disparen, y más recio y prolongado sea el repicar de las campanas, más “*alegre*” es la ocasión y mayor la glorificación de los santos. Así pues, por estar nuestra casa en la vecindad de las principales iglesias, cada tercer día éramos convidados a lo que H_____ describió como “un cuatro de julio.”⁶⁹

La Semana Santa, con su cortejo interminable de ceremonias, acaeció mientras estábamos en León. Tomaría muchas páginas contar los pormenores de las funciones, las procesiones, el estallido de las *bombas*, el tañer de las campanas, y los rezos,

69 Se refiere al día de la independencia de los EE.UU., cuya celebración anual culmina tradicionalmente con un despliegue de fuegos artificiales.

y los cantos, y la celebración de la misa, que conformaban la correcta celebración de tan importante "función." Ya había presenciado yo las ceremonias propias de la Semana Santa, no sólo en León, sino en la misma Roma, donde el ingenio humano se extrema concibiendo medios y accesorios para darle excelencia y majestad, por lo que ahora consideraba la repetición como algo tedioso. Pero mis compañeros no. Para ellos todo era novedad y entretenimiento, y disfruté sus relatos y comentarios más, acaso, de lo que hubiese gozado el espectáculo mismo.

Sin embargo, todos fuimos a observar la procesión nocturna en la que se representa el entierro de Cristo. La soldadesca marchaba portando sus armas y encabezando el desfile, seguidos por los músicos, y el Obispo, con su vestidura púrpura, avanzaba bajo un palio de seda suspendido por varas de plata que sostenían los canónigos de la catedral. Tras ellos venía toda una legión de santos, con San Pedro a la cabeza, llevados en andas por varones que en su mano libre portaban antorchas. Luego seguía una litera con una efigie de Cristo,



PROCESIÓN DE SEMANA SANTA

coloreada de modo que semejaba un cadáver; y a continuación, ángeles de extendidas alas, suspendidas por delgadas varillas de metal, invisibles en la oscuridad. Venían después las Marías, y una hilera de dolientes discípulos y conversos del nuevo Evangelio. Les seguía una procesión aparentemente interminable de hombres y mujeres, aunque predominaban ellas, revueltos con una multitud de chiquillos, vestidos como monjas y frailes, todos con una crucecita de madera en una mano y una candela en la otra. En los flancos de la procesión rondaba un grupo de mozos imberbes disfrazados de diablos, que blandían sus lanzas con gesto amenazante, pero eran gallardamente repelidos por igual número de ángeles guardianes, que eran muchachas vestidas de blanco, con alas de gasa atadas a los hombros.

La procesión avanzaba al compás de un canto fúnebre, y se detenía a intervalos, mientras los sacerdotes elevaban sus plegarias y quemaban incienso. Y así fueron, de estación en estación, pasando la mayor parte de la noche celebrando la ceremonia. Para hacerse una idea de la longitud de la procesión, baste decir que tardó más de dos horas su paso frente al balcón donde nos encontrábamos sentados. Las antorchas, la gravedad en los rostros de los devotos, la plañidera música y los cantos solemnes, causaban en verdad un efecto impresionante; y, bien podemos comprenderlo, capaz de producir una impresión perdurable en la mente de un pueblo supersticioso.

Los Diablos, o más bien, representaciones de éstos, figuran destacadamente en muchas *fiestas*. El día de San Andrés —“día del alegre San Andrés”— salen en tropel, y lucen particularmente horriblos y vivaces. Usan máscaras, por supuesto, y se ciñen puntiagudas colas. Uno de ellos, envuelto en negra mortaja, exhibía bajo su velo entreabierto una calavera gesticulante, y marcaba el paso con un par de genuinos fémures entrecruzados. La danza parecía haber sido tomada de los indios. La música ciertamente lo era. Es tosca y no parece de este mundo, como la que escuchara Cortéz en su retirada de México, cuando música como esa “sembró el terror en la propia alma de los cristianos.”

Tiene León una extensa colección de santos, y entre ellos, uno de los más populares y de mayor poderío es San Benito, probablemente nacido en Etiopía. En todo caso, es un negro de pura raza, de abultados labios y cabello crespo o “murruco.” Fue una astuta medida por parte de los antiguos sacerdotes aceptar aquellas ceremonias indias que no lograron abolir, y a la vez adoptar y santificar las efigies de los dioses aborígenes que no pudieron prohibir ni destruir.

En Nicaragua, como en todos los países españoles, las ceremonias fúnebres tienen poco de esa lúgubre parafernalia que dictan nuestras costumbres. La Juventud, la inocencia y la belleza, como trofeos en el rostro de la ancianidad o en los brazos de la deformidad, sirven sólo para dar pábulo a los terrores de nuestra sombría concepción de la muerte. Entre nosotros, el Ángel de la Paz y Guardián de las puertas del Cielo es un tirano tétrico y despiadado, que se refocila cual enemigo con las víctimas de su descarnado brazo. Pero en estas tierras se concibe la muerte de un modo más feliz. La muerte libera piadosamente a los infantes de las penas y peligros de la vida. Marchita la rosa en las mejillas juveniles para que así retengan su flor y su fragancia en la suave atmósfera del cielo. Lágrimas de congoja se vierten solamente por aquellos cuya prolongada permanencia en el mundo ha endurecido su espíritu, cuyas pasiones han llagado su corazón, desviando sus anhelos del cielo hacia la tierra, y de las magnificencias de la eternidad a las frivolidades del tiempo.

La hija menor del Licenciado B____ falleció y fue sepultada durante mi estadía en Nicaragua. Era joven, apenas frisaba los dieciséis, y fue la adoración de sus padres. Su funeral bien hubiera podido ser su boda, por la total ausencia de manifestaciones de congoja. El cortejo se congregó frente a mi ventana. A la cabeza iban los músicos ejecutando un alegre compás, les seguían los sacerdotes que entonaban un himno triunfal. A continuación, a hombros de un grupo de jóvenes varones, venía una litera, forrada de satín blanco y cubiertas de manojos de azahar; y en ella, vestida de blanco como para una fiesta, con las sienes

coronadas de frescos capullos de azahar y una cruz de plata entre sus manos, venía la marmórea figura de la niña muerta. Atrás venían los padres, hermanas y parientes de la difunta. No había lágrimas en sus ojos, y aunque las huellas de tristeza eran visibles en sus rostros, había en todos ellos una expresión de esperanza y fe en las enseñanzas de Aquel que declaró “¡Benditos sean los puros de corazón, pues ellos verán a Dios!”

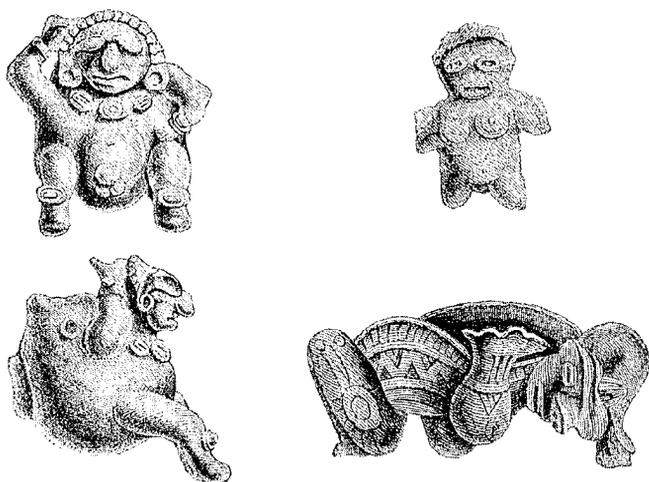
Los funerales de los infantes son todos parecidos. El difunto va siempre ataviado de blanco y cubierto de flores. Al frente va un cortejo de hombres que hacen estallar *bombas*, y músicos tocando alegres tonadas, y detrás van los padres y parientes. La explicación de esta aparente carencia de sentimientos se halla en la doctrina romana de la regeneración bautismal, según la cual, por estar el espíritu en el cielo, hay más motivos de felicidad que de tristeza.

Hay, sin embargo, algo muy repugnante en los entierros, particularmente en el modo que se estila en León. Vecino a la mayoría de los pueblos se halla el llamado Campo Santo, un cementerio amurallado y consagrado, donde se entierran los muertos tras el pago de una pequeña suma que se destina al mantenimiento de las instalaciones. En León, empero, ha prevalecido siempre la práctica de hacer los enterramientos en las iglesias, y esta costumbre se ha perpetuado gracias a la influencia de los curas, que por cada entierro perciben una jugosa suma. En consecuencia, el suelo en el interior y en torno a las iglesias está literalmente *saturado* de muertos. Según sea la cantidad que se pague a la iglesia, los enterramientos pueden permanecer en el sitio por un período que varía de seis a veinticinco años, al cabo de los cuales la osamenta, junto con la tierra que la contiene, se venden a los fabricantes de nitrato, y al fin retornan ruidosamente al mundo ¡en forma de un vil petardo!

Los ataúdes rara vez se usan. El cadáver se deposita en el fondo de la tumba, se le cubre toscamente de tierra que luego se apisona con pesados mazos, y todo se hace con tal indiferencia, por no decir brutalidad, que resulta en verdad chocante, al punto

que no toleré presenciarlo por segunda vez.

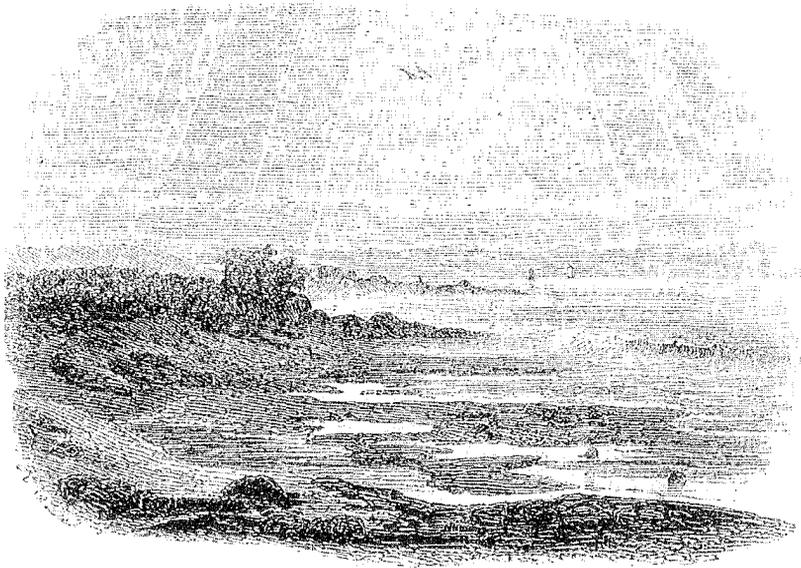
Aunque las masas populares conservan todavía resabios de su antiguo fanatismo, esto va cediendo paso a sentimientos más liberales, y en materia de religión no ponen objeción a los extranjeros, siempre y cuando éstos muestren un decoroso respeto por las ceremonias de la Iglesia, y no ultrajen los preceptos de la educación y las costumbres, que no son más numerosos ni más severos que entre nosotros, si bien los suyos siguen otros derroteros.



ÍDOLOS Y CERÁMICA DE TERRACOTA

Muchos objetos antiguos se han hallado en los alrededores de León; y ocasionalmente, al perforar pozos y hacer otras excavaciones, los peones se han topado con depósitos de cerámica y rimeros de idolillos de terracota, que parecen haber sido enterrados con premura para salvaguardarlos del celo fanático de los conquistadores. Las imágenes adjuntas muestran una vista frontal y lateral de una de estas reliquias, hallada cerca del pueblo indio de Telica, distante unas dos leguas de León. Aquí apa-

rece a un tercio de su tamaño real. El material es una arcilla fina de buen temple, horneada y luego policromada con colores duraderos. En el mismo sitio se hallaron también otros interesantes enseres, cuyas figuras se muestran abajo. Uno de ellos es una suerte de vasija que representa a un hombre cuyo cuerpo se ajusta de tal guisa que conforma el cuerpo de la vasija, sostenida en brazos y piernas. Al decir de los artistas, la idea fue bien lograda. La vasija está primorosamente policromada en rojo, amarillo y negro.



COSTA DEL PACÍFICO

Una vez al año los pobladores de Nicaragua celebran una especie de carnaval, el “*Paseo al Mar*,” o visita anual al Pacífico. La gente bien de nuestras ciudades escapa en bandada hacia Newport, o a “los Manantiales,” pero los de León van al mar; y aunque el “Paseo” es cosa muy distinta de una temporada en los Manantiales, es asimismo una institución que incita al coque-

teo y al amor en general y en particular; en pocas palabras, es el festival de San Cupido, cuyos devotos en todo el mundo son más numerosos y sinceros que los de cualquier otro santo del santoral. El “Paseo” se lleva a cabo en ocasión de la última luna llena de marzo, los preparativos, empero, comienzan con mucha antelación. Hay en esos días una movilización general de carretas y sirvientes en dirección al mar, y el Gobierno envía a un oficial con su destacamento para que supervise el montaje de un campamento anual sobre la playa, o mejor dicho, sobre una cresta arenosa cubierta de arbustos que conforma la costa. Las familias, en vez de reservar habitaciones en el “Ocean House,” o en el “United States,” o una cabaña en la “Calzada,” levantan un rancho temporal hecho de cañas, con un liviano techo de hojas de palma y el suelo cubierto de *petates* o esteras. Todo esto va amarrado con bejucos, o tejido como cestería, lo mismo que sus divisiones, que a veces consisten en cortinas de algodón. Esto constituye la *penetralia*⁷⁰ y está consagrada al “*bello sexo*” y a los *nenes*. Las damas más extravagantes traen consigo camas ricamente guarnecidas, y hacen no poco alarde de elegancia en sus improvisadas viviendas. Por fuera hay una especie de amplio cobertizo abierto, que en algo semeja a un corredor. Es ahí donde se cuelgan las hamacas, meriendan las familias, las señoras reciben a las visitas y donde duermen los varones.

Las instalaciones aquí descritas son propias solamente de los paseantes más adinerados, representantes de la clase alta. Hay todo tipo de variaciones intermedias de alojamiento, hasta para el *mozo* y su esposa, quienes tienden sus mantas al pie de un árbol y arman sobre sus cabezas un techito de ramas —cosa de apenas diez minutos. Otros hay que desdeñan incluso este esfuerzo y se acomodan en la arena suelta y seca.

Así transcurren los días del “Paseo,” entre chapuzones y bailes a la luz de luna en la playa, fumando, coqueteando, cabalgando

70 *Penetralia* (Lat.), recámara sagrada de los antiguos templos judíos, el *sancta sanctorum*.

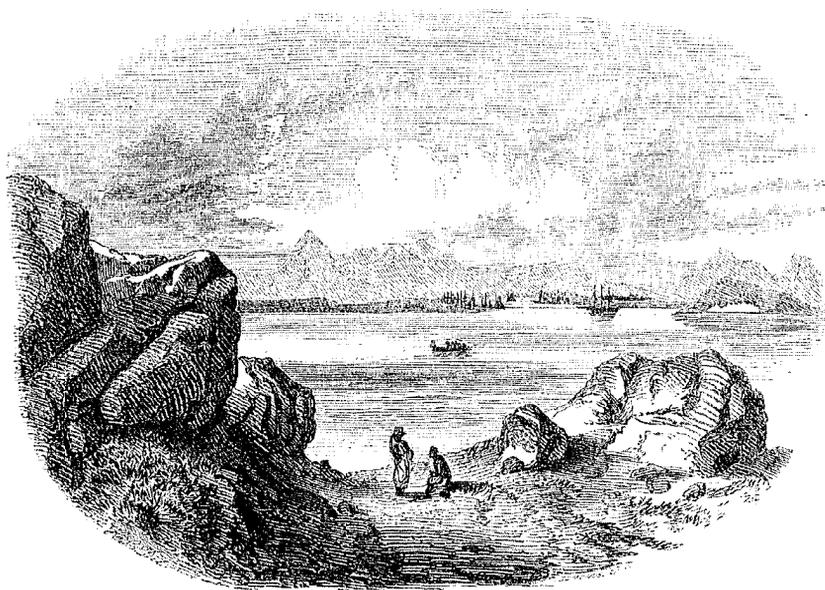
do, comiendo, bebiendo y durmiendo, y la despreocupada multitud, deleitándose con la refrescante brisa marina y con el alegre resplandor de la luna, se entrega con absoluta libertad al gozo y al retozo.

Por desdicha, arribamos demasiado tarde para el “Paseo,” pero aún así cabalgamos hasta el mar, y atravesamos el abandonado campamento. Los zopilotes eran ahora sus únicos habitantes, merodeando hoscos entre los silenciosos ranchos. El rumor del mar parecía lamentarse, como en simpatía, y la playa lucía solitaria. Dimos un tirón a las riendas de nuestras monturas y nos alejamos contentos de dejar atrás una escena de tan triste y sombrío influjo.

En León nuestro grupo se dividió; un destacamento tomó la dirección del montañoso distrito de Segovia, mientras que la división principal, de la que yo mismo formaba parte, nos dirigimos al gran Golfo de Fonseca, para cruzar desde allí el continente rumbo al norte a través del Estado de Honduras, magnífico aunque casi del todo desconocido. Enrumbamos primero hacia el gran pueblo de Chinandega, a ocho leguas de León, sobre el camino que conduce al bien conocido puerto de El Realejo. El pueblo de Chinandega cubre un área muy extensa, está trazado de manera uniforme en “*cuadras*,” que a su vez se subdividen en algo que bien podríamos llamar jardines; cada uno de los cuales alberga una vivienda de algún tipo, construida por lo general de cañas y con techo de palma, aunque también suelen ser de adobe, diestramente techadas con tejas. El centro o zona comercial del pueblo, en la vecindad de la gran plaza, es compacto y tan bien edificado como cualquier parte de León o Granada. Hace veinte años, empero, apenas había en la ciudad una sola casa de tejas. En general, Chinandega tiene un aire frugal y emprendedor que no se observa en otras partes de Nicaragua.

El Realejo dista unas dos leguas de Chinandega, pero los comerciantes que manejan los negocios del puerto residen sobre todo en Chinandega. Es un pueblo pequeño, ubicado en la ribera de un estero salobre, a unas buenas cuatro millas del

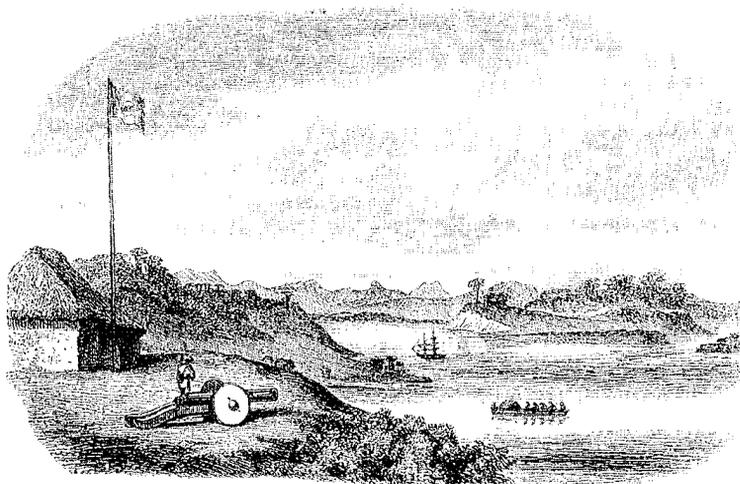
puerto propiamente dicho, y sólo se llega allí en los ordinarios bongos o barcazas, cuando la marea está alta. El poblado original se erigió cerca del fondeadero, pero por ser vulnerable a los ataques de los piratas que en otros tiempos merodeaban por estas costas, fue trasladado a su actual ubicación. La población de El Realejo suma apenas mil almas, que hallan empleo en la carga y descarga de navíos, a los que además abastecen de provisiones.



ENTRADA AL PUERTO DE EL REALEJO

Como puerto, El Realejo es uno de los mejores en toda la costa del Pacífico de América. Cuenta con dos entradas, una a cada lado de la elevada isla del Cardón, que lo guarece de las marejadas del Pacífico. Dentro se halla una magnífica bahía, que en ningún punto tiene menos de cuatro brazas de profundidad, por lo que se dice que ahí “unos doscientos navíos de línea pueden fondear en todo tiempo con perfecta seguridad.” La vista

del puerto y del interior del país desde la isla del Cardón, con sus elevados y característicos volcanes, es imponente y bella.



DESEMBARCO EN EL REALEJO

El señor Montealegre, nuestro estupendo anfitrión, había fletado de antemano un bote para nosotros en un sitio llamado “Puerto de Tempisque,” sobre el Estero Real, que penetra a Nicaragua desde el Golfo de Fonseca.⁷¹ Dejamos pues su hospitalaria morada al amanecer del 3 de abril de 1853 y partimos rumbo al “Puerto.” La distancia es de siete leguas; las primeras tres conducen por una región abierta y bien cultivada, y una vez remontadas éstas, nos adentramos en una selva colosal, abundante de cedros, ceibas y caobas, entre los cuales el camino serpentea con la sinuosidad de un laberinto. Esta selva está guarecida por el gran volcán El Viejo,⁷² y casi todo el año caen ahí grandes

71 El Tempisque todavía existe sobre el Estero Real, aguas arriba de Morazán, que vino a reemplazarlo como puerto.

72 Hoy conocido como San Cristóbal.

chubascos que son la causa de su exuberancia. Aquí nos adelantamos al *patrón* y a sus hombres, que avanzaban en fila india, cada uno con su alforja al hombro, abastecida con queso, plátanos y tortillas para el viaje, y sobre el otro hombro una manta y su inseparable *machete* acomodado en la cavidad del brazo izquierdo.

A una o dos millas de Tempisque el terreno se eleva y el camino cruza una ancha cresta de lava que, siglos atrás, expelió el volcán El Viejo. Está cubierta parcialmente por un suelo seco y árido, donde medran apenas unas cuantas palmeras de coyol, algunas pencas de *Agave americana* y una variedad de otros cactus, que logran prosperar donde ninguna otra planta puede crecer.

Desde la cima de esta cresta el viajero avista por primera vez los extensos aluviones que bordean el Golfo de Fonseca. Están cubiertos por una floresta ininterrumpida, y la mirada, cansada por la inmensidad del panorama, remonta un inmóvil océano de verdor, copa tras copa, legua tras legua, en sucesión aparentemente infinita.

Descendiendo la cresta por un escabroso sendero, pronto arribamos al “Puerto de Tempisque.” Aunque lo dignifican con el título de puerto, no hay más que un único rancho, un mero cobertizo con techo de palma y abierto por tres lados, donde moran un mestizo de muy mala catadura, una viejuca y una muchacha india con el torso desnudo, que se ocupa de acarrear agua y moler maíz para las tortillas.



“EL PUERTO DE TEMPISQUE”

En la falda de una colina cercana hay un excelente ojo de agua, donde topamos con un grupo de marineros que preparaban su desayuno. El terreno atrás del rancho es elevado y seco; pero justo al frente comienzan los pantanos de manglares. Aquí también, cavado en el limo, hay un estanque pequeño y poco profundo, y un estrecho canal se extiende desde éste hacia las profundidades del pantano, conectándolo con el Estero Real. Era bajamar, y en el fondo fangoso del estanque y del canal, al descubierto y putrescente bajo el sol, yacían varios *bongos* de mala traza. En conjunto, era aquel un sitio que concitaba fiebres y mosquitos; y nunca sentimos mayor alegría que cuando nuestra tripulación arribó, y la marea alta nos permitió embarcarnos y zarpar del “Puerto de Tempisque.” A medida que la choza desaparecía entre los manglares, alzamos los sombreros y con un *adieu* nos despedimos del suelo de Nicaragua, —¡quizás para siempre!

